

# ***La Comunidad Organizada***

*Por Daniel Di Giacinti*

*Corrían los tumultuosos años de la revolución de junio de 1943. Eran los tiempos en que el joven coronel Juan Domingo Perón comenzaba a desarrollar su extraordinaria labor desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, persuadiendo a los trabajadores de que se unieran y organizaran para conquistar los derechos usurpados por la ambición desmedida de la explotación capitalista.*

*Pero, por encima de todos los objetivos trazados, resaltaba la necesidad de preparar al individuo para el advenimiento de un protagonismo distinto.*

*Él denominó a esta acción la preparación “humana” de la revolución, en la que el despertar de la conciencia solidaria de los trabajadores era el primer paso para lanzarlos a la organización política.*

No se trataba solamente de implantar derechos sociales –o recuperar el rol del Estado como mediador entre trabajadores y empresarios– sino de algo mucho más profundo.

Perón necesitaba **un hombre dignificado** que fuera capaz de construir esa democracia social y popular superadora de dos conceptos políticos que ya advertía agotados: el capitalismo y el comunismo, ambos hijos del positivismo liberal que, en la práctica, consideraba a los pueblos sólo como meros espectadores.

Necesitaba un **hombre nuevo**, con un nivel de conciencia trascendental, dispuesto a participar de una acción solidaria con su comunidad luchando en conjunto para la implantación de una verdadera justicia.

Ese objetivo no se lograría resolviendo únicamente el aspecto jurídico de la injusticia social sino que llevaba implícita la necesidad de un proceso de dignificación humana, para romper el proceso de “cosificación” que el capitalismo había impuesto sobre los trabajadores, al tratarlos como valor de intercambio.

Junto con esa preparación humana se debía poner en marcha la preparación técnica de la revolución, para lo cual se creó el Consejo Nacional de Posguerra, que reunió a referentes intelectuales, técnicos y empresarios de la época.

Este Consejo tenía la misión de planificar la futura acción del gobierno para cimentar la independencia económica del país y ponerla al servicio de un nuevo proceso político. Y, asimismo, para que “los triunfadores de la guerra no nos hagan pagar la Segunda como nos hicieron pagar la Primera”, según sus propias palabras.

Fue en estas circunstancias cuando, además, decidió delinear la ideología de la incipiente revolución, encargando el trabajo al grupo de pensadores del Consejo Nacional de Posguerra. De acuerdo con su propio testimonio, los resultados no fueron los esperados y él mismo se encargó entonces de redactar lo que se transformaría en el marco ideológico de la revolución justicialista: *La Comunidad Organizada*.<sup>1</sup>

Para definir la jerarquía que asignaba a este libro podemos tomar su propio testimonio en *La hora de los pueblos*, escrito en tiempos del exilio español, en el que dirigiéndose a la juventud expresaba:

*[...] Ninguno que no conozca perfectamente las directrices de nuestra ideología, como las prescripciones de nuestra doctrina, estará en condiciones de aspirar a la conducción o el encuadramiento de nuestras fuerzas. Sólo se puede ser revolucionario si se tienen presentes en todo momento los objetivos que se persiguen y se poseen los valores morales y la mística necesarios para luchar por ellos sin descanso y sin desfallecimientos.*

*En los tres libros publicados por el Jefe del Movimiento, los jóvenes peronistas encontrarán tales principios; la ideología en el libro La Comunidad Organizada, las formas de ejecutar esa ideología en el libro de Doctrina peronista y los conocimientos de la teoría y la técnica de la conducción en el libro Conducción política. [...]*

*[...] Capacitado el dirigente juvenil, podrá pensar en la responsabilidad que también a nosotros concierne en la solución de los graves problemas creados por la insensatez de los que les han precedido. Una juventud libre de perjuicios y banderías, que fuera capaz de obrar con grandeza y desprendimiento, es la que podrá defender con éxito esa responsabilidad.<sup>2</sup>*

Nunca es poco el asombro cuando se piensa que ya por aquellos años quedaba definida –para el peronismo– una “ideología rectora” con características absolutamente diferentes de las desarrolladas por los últimos movimientos revolucionarios mundiales que la precedieron.

Y hoy, ya en siglo XXI, podemos afirmar con toda justicia que la historia política de la humanidad de los años posteriores a Perón no ha hecho más que confirmar la vitalidad revolucionaria de su concepción ideológica –simple, humana y profundamente cristiana–.

En general, las ideologías no han sido más que interpretaciones de una elite integrada por un grupo de pensadores o filósofos, que analizaba los problemas del hombre desde un determinado perfil de ideas, con las que se diagnosticaban las contrariedades de la realidad, para enunciar soluciones o respuestas. De este modo, la acción de las comunidades quedaba circunscripta a la aceptación o no de las distintas metodologías planteadas.

La ideología así aceptada brindaba, además, una muy definida identidad sociológica, que permitía ser capitalista o marxista, conservador o socialista, etcétera.

Todo aquello que ocurriese por fuera de su pauta ideológica autorreferencial, o bien carecía de sentido, o era reducido al término ideológico equivalente más próximo a su propio sistema, el que explicaría (nuevamente “*in cátedra*” cerrada) el fenómeno evaluado. Y todo lo que no coincidiera con esta pauta ideológica debía ser excluido de su condición de “realidad”.

La visión justicialista plantearía una concepción diametralmente opuesta a todas estas ideologías tradicionales.

### **La hora de los pueblos**

En su viaje a Europa de 1938 Perón había comprendido que, en la evolución natural de la humanidad, comenzaba una nueva época signada por un nuevo protagonista: los pueblos.

La Revolución Francesa había sido precedida por una enorme transformación de la comunicación y la cultura que había permitido el ascenso al poder político de un nuevo protagonista: la clase burguesa.

La vida política de la comunidad, que había descansado hasta entonces en algunos cientos de personas que conformaban las cortes monárquicas, pasó a ser protagonizada por miles. La aparición de la imprenta de tipos móviles, junto con la aceleración cultural provocada por la revolución industrial, provocaron una verdadera conmoción que permitió a la burguesía tener los elementos necesarios para exigir su inclusión en la vida política, que hasta entonces le estaba vedada.

La información pública y los elementos culturales necesarios para la toma de decisiones políticas, que eran ejercidos por los consejeros reales y los aristócratas, empezaron a ser manejados también por los nuevos empresarios, los fabricantes, los inventores, los comerciantes y la clase media educada.

Esta transformación revolucionaria se sostenía en las nuevas ideas de la Ilustración, en que brillaba un individualismo secular, racionalista y progresivo que quería dejar atrás las sombras de un tradicionalismo oscurantista.

Las nuevas consignas de libertad, igualdad y fraternidad de todos los hombres rompían la aterradora visión de clases altas y serviles determinadas por el origen social.

A toda esta revolución ideológica se sumó la presión por instalar un nuevo método de representación política que diera cabida “institucional” al nuevo protagonista: la clase media.

El nacimiento del nuevo “ciudadano”, representado por personalidades como Benjamin Franklin, James Watt, Erasmus Darwin y Baskerville, por citar a algunos de los personajes más destacados, exigía un nuevo sistema, en el que estos protagonistas pudieran ejercer sus influencias y decisiones. El surgimiento del sistema de representación por medio de partidos políticos fue, por lo tanto, un intento de resolver un tema metodológico más que ideológico: era la respuesta a la necesidad de incluir a una capa dirigencial en el poder político.

Si bien los pueblos compartían los nuevos ideales y participaban de los procesos políticos, no estaban presentes aún en las tomas de decisiones. Era impensable que esas multitudes desinformadas y, en su mayoría, analfabetas pudieran participar de alguna otra forma que la adhesión o el rechazo –muchas veces turbulento– a las distintas alternativas políticas que surgían.

Sin embargo, en el siglo XX esto comenzó a cambiar. La aparición de los medios de comunicación de masas, representados en ese entonces por los diarios, el cine y la radio, multiplicó en la mente de millones de personas la información necesaria para esclarecerlos y lanzarlos a la acción política.

Perón observó en Europa este fenómeno de las masas pugnando por un nuevo protagonismo y comprendió que el enorme desarrollo económico del capitalismo había sido sostenido por la explotación de los trabajadores. Esta masa que estaba siendo esclarecida por la nueva revolución cultural, concluyó, pronto exigiría convertirse en actora de su destino.

Así como había sucedido con la burguesía en la época de la Ilustración, los pueblos empezaban a presionar para exigir una participación activa en la toma de decisiones.

Esas decisiones políticas, que eran tomadas por algunos miles de dirigentes, deberían pasar a ser tomadas por millones.

El peronismo intentaría desarrollar una metodología revolucionaria que permitiera el acceso de los pueblos al poder, no como meros espectadores sino como actores partícipes de la creación de las normas que definirían a las futuras comunidades. El justicialismo intentaría dejar atrás la cristalización provocada por la guerra y alcanzar la concreción de un nuevo hombre acorde con la evolución cultural del siglo XX.

La política debería dejar de ser resuelta solamente por los representantes o políticos profesionales de los partidos políticos liberales o las dirigencias “esclarecidas” de los Estados socialistas y transformarse en la expresión colectiva del conjunto de la comunidad.

*Así como la monarquía terminó con el feudalismo y la república terminó con la monarquía, la democracia popular terminará con la democracia liberal burguesa y sus distintas evoluciones democráticas, de que hacen uso las plutocracias dominantes.<sup>3</sup>*

## **Un Hombre Nuevo**

La construcción de una nueva *alternativa política debía respetar a este hombre nuevo y brindarle las herramientas para su expresión y consolidación*. Perón sostenía que el único poder político revolucionario residía en el desarrollo de la solidaridad nacional, lo que implicaba generar una alta conciencia política comunitaria que mantuviera en alto lo que él interpretaba como los valores supremos de la comunidad argentina: la justicia social, la independencia económica y la soberanía política.

Para el desarrollo de esta nueva conciencia eran fundamentales la dignificación social y la organización política del país, desbordando los esquemas de participación demoliberales.

Había que organizar la sociedad para que empezara a construir su propio destino, brindando a los pueblos canales adecuados para su participación creativa, en un proceso político donde todos los que tuvieran algo que aportar al bien común pudieran hacerlo.

*Hoy no es posible pensar organizarse sin el pueblo, ni organizar un Estado de minorías para entregar a unos pocos privilegiados la administración de la libertad. Esto quiere decir que de la democracia liberal hemos pasado a la democracia social.<sup>4</sup>*

Este ascenso al poder de los pueblos tendría características inéditas que habría que respetar.

Para que surgiera una solidaridad comunitaria, la elaboración de los objetivos a cumplir debía ser una acción colectiva. Había que finalizar con la actitud pasiva y sin compromiso del liberalismo, donde el pueblo vota y consume, y a la vez, también con la rigidez de los ideólogos que se presentan como rectores y delineadores de los objetivos a cumplir, propia del socialismo dogmático.

El Hombre Nuevo de la hora de los pueblos no podría mantener la actitud de indiferencia individualista del capitalismo, ni la rígida sumisión al camino trazado por una vanguardia esclarecida. La maduración cultural de la comunidad sólo podría realizarse a través de un proceso comunitario, en el que el pueblo mismo definiera en qué tipo de sociedad deseaba vivir.

Era esta la propuesta de democracia social y popular en la que el pueblo no solamente debía votar y consumir, sino que, si realmente quería liberarse del sojuzgamiento, debía además desarrollar una conciencia política solidaria que elevara la confianza comunitaria hasta alcanzar la unión nacional.

Para ello, la revolución debería organizar políticamente al pueblo, permitiéndole compartir la acción de gobierno con el Estado mismo.

*Ya no sirven las ideologías, Marx fue el último de los ideólogos, la Z de las ideologías. Hoy la revolución pasa por la doctrina.*

*Las ideologías le daban a los pueblos tres o cuatro líneas generales a seguir. Los obligaban a ajustarse a un libreto fijo para cumplir con un objetivo.*

*[...] El hombre de hoy quiere saber qué papel juega en todo esto y aportar lo suyo. Las ideologías han fracasado porque los problemas son diferentes. El hombre de hoy se resiste a que se lo embrete, a que se lo empuje.*

*Quiere ser hombre. La doctrina, al estimularlo, al comprenderlo, le da ese lugar que le corresponde en la historia.*

*Y sólo así es como se puede liberar, lograr la unión nacional, regional, continental, la Revolución Humana. [...]*

*Se trata de que todos los argentinos construyamos la estructura revolucionaria, que es el poder mismo. De esta forma el pueblo no delegará el poder, sino que lo ejercerá, será suyo.*

*El poder no es el gobierno solamente. El poder surge del bienestar general y de la participación total.<sup>5</sup>*

### **Un nuevo concepto ideológico**

¿Cuál es entonces la ideología peronista?

De acuerdo con una visión tradicional, uno podría esperar una respuesta del tipo: “Es una especie de socialismo nacional, o es una democracia cristiana con acento en lo popular”, o algún enunciado similar.

Es decir, una identificación con un pensamiento político que defina la situación y proponga desde lo ideológico su solución, marcando un camino a seguir.

La respuesta de Perón era distinta: no hay ideologías cerradas o abstractas a alcanzar, ni etiquetas predefinidas, **la identidad ideológica de la revolución dependerá de una acción creativa colectiva y permanente de la comunidad.**

Los aspectos teóricos que definan los pasos a seguir no pueden ser resueltos de otra forma que con **la organización política popular**, porque a este hombre nuevo no se le puede anular el proceso creativo de la norma que es, en definitiva, lo que le brinda la maduración cultural necesaria para su liberación.

Esto era **la revolución**, ya que significaba el nacimiento de una nueva ética para el hombre, basada en una moral social que era construida día a día en esa participación política junto a su comunidad.

El grado de **ética** de esa comunidad estaría dado por el grado de solidaridad que se pudiera alcanzar resolviendo en conjunto los problemas de injusticia que el egoísmo entre los hombres había creado.

Es una **revolución trascendente.**

### ***La Comunidad Organizada: un llamado***

Por eso **La Comunidad Organizada** no define el objetivo a alcanzar en términos abstractos, sino que es simplemente un llamado, una convocatoria a la liberación, primero individual y luego comunitaria.

En este camino intenta retomar como orientación filosófica el perdido rol pedagógico de la ciencia política, y trata de ser una interpretación que, más que deslumbrar por descubrir “la verdad” de los problemas del hombre, redescubre sencillamente al hombre y anuncia que sólo la organización de la comunidad podrá permitirle ir descubriendo “esa verdad”.

El desarrollo del texto explora las razones del desvío en esa búsqueda de la sociedad en términos históricos y filosóficos, y abre la esperanza de encontrar el equilibrio perdido entre el hombre como individuo y su comunidad.

A la par, pronostica la inviabilidad del camino del materialismo, que desemboca en el liberalismo o en el marxismo. Perón anuncia claramente que no le es posible al hombre construir una nueva moral a partir de una exégesis puramente científica.

Anticipa con precisión la tremenda crisis terminal del capitalismo actual, en el que la infamia de sus estructuras financieras, replicadas en todo el mundo occidental, involucran en una actitud inmoral rayana con la delincuencia común a miles de sus cuadros de conducción e instituciones financieras y bancarias.

Demuestra también como impropio la lucha de clases para resolver la injusticia entre los hombres, adelantándose en más de cincuenta años a las crisis del marxismo dogmático.

Destaca, en consecuencia, que no se trata sólo de denunciar la cruel explotación del capitalismo y la perniciosa ideología de su escuela individualista, sino de construir un poder político que la supere en carácter moral y ético.

Y anuncia que los problemas de la injusticia sólo podrán ser resueltos por los pueblos cuando asuman la conducción política de sus comunidades y, desde esa nueva autoridad, impongan las soluciones que correspondan en el marco de una nueva ética y una moral revolucionaria.

Por lo tanto, el camino revolucionario no debe circunscribirse a la denuncia de la injusticia y explotación capitalista (hoy de una evidencia inapelable), sino que debe garantizar la construcción de un poder político que pueda eliminarla. Para eso debe construir una alternativa que dé lugar a las potencialidades del Nuevo Hombre de la hora de los pueblos.

Como dignos hijos del positivismo, estamos acostumbrados a encontrar la mística de las acciones políticas en un objetivo abstracto a lograr, definido por una interpretación ideológica predeterminada, para proyectarnos luego en el sendero de esa lucha con una visión de nuestras propias vidas. Nos imaginamos a nosotros mismos en ese camino liberador, que nos brinda esperanza y nos da seguridad, generando la fuerza motriz de nuestras acciones militantes.

*La Comunidad Organizada* nos da nuevos parámetros para reencontrar esa mística desde una óptica distinta. El desplazamiento de nuestra fe hacia lo ideológico fue producto de una desviación lógica y necesaria, pero al fin incorrecta.

Perón supo demostrar que es posible la corrección adecuada para que esa fe volviera a surgir, no de una elucubración intelectual con un fin desarrollado en sí mismo, sino de una convicción profunda sobre el Hombre Nuevo como reflejo de entidades superiores.

Una fe que encuentra su mística, más que en un idealizado objetivo a alcanzar, en el sentirse parte del momentáneo y diario desarrollo de la decisión revolucionaria de un pueblo, que con una acción creativa dinámica y multitudinaria va construyendo una realidad más justa.

*La Comunidad Organizada* es entonces el escrito que traza el camino revolucionario de la autodeterminación popular.

### **El nacimiento del peronismo: fortalezas y debilidades**

El peronismo llegó al poder desde el gobierno, y no desde el llano. Eso delineó desde el inicio sus fortalezas y debilidades.

Fortalezas, porque pudo aprovechar una situación especial de vacío de poder ante el agotamiento de la dirigencia política caduca de la “Década infame”, y la debilidad del imperialismo inglés que, derrotado en la Segunda Guerra, era desplazado por Estados Unidos.

Ante esta situación, a la decisión de Perón de aprovechar el momento para poner en marcha una revolución trascendente se sumó la decisión de los trabajadores, que, convocados desde la Secretaría de Trabajo y Previsión a un protagonismo diferente, acudieron a su llamado. Ellos le brindaron un poder revolucionario e independiente al irrumpir en la Plaza de Mayo el 17 de octubre de 1945, para rescatarlo de la prisión donde sus enemigos lo habían confinado ante el titubeo y las incomprensiones de sus propios dirigentes.

Sin duda, ese poder y esa autoridad –revolucionaria e independiente–, otorgados por el mismo pueblo, se transformaron en la gran fortaleza del Movimiento nacional.

Pero una revolución desde el gobierno puede realizarse también con la ausencia de un grupo de dirigentes estratégicos que acompañe al líder, ya que este puede aprovechar el enorme poder que le confiere el Estado para sus planes políticos, sin necesidad de una estructura revolucionaria que le abra el camino hacia la conquista del poder desde el llano.

Esta ausencia de dirigentes estratégicos o “estado mayor” se transformaría en la gran debilidad del Movimiento, y provocaría sucesivas crisis políticas, que jamás terminaron de resolverse adecuadamente. La muerte del Líder concluyó con la disolución del gran movimiento nacional.

Volviendo a sus palabras: “Sólo se puede ser revolucionario si se tienen presentes en todo momento los objetivos que se persiguen y se poseen los valores morales y la mística necesarios para luchar por ellos sin descanso y sin desfallecimientos”.

Cada etapa de la revolución brindó dirigentes que acompañaron al Líder en términos coyunturales, por adscripción a alguna de sus acciones. Unos, por su adhesión a la independencia económica; otros, por la defensa de la justicia social; hubo quienes veían con agrado el final de la democracia fraudulenta, así como quienes subrayaban sus posturas anticolonialistas. Pero, en realidad, pocos compartían con Perón la necesidad de poner en marcha el proceso de autodeterminación popular que pregonaba, y se aferraban, quizás inconscientemente, a las instituciones políticas tradicionales y propias del sistema demoliberal y el marxismo dogmático.

La oligarquía argentina fue tomada por sorpresa por el peronismo: no supo interpretar su génesis y tampoco impedir que se afanzara en el poder. Sin embargo, comprendió cuál era el camino que le quedaba para retomar el poder político y proteger sus intereses y los de los imperialismos que representaba.

Tardó en desarrollarlo porque implicaba la reaparición en el país del terrorismo político, cruel y desembozado, pero –como bien sabían– era la única alternativa ante el imbatible consenso popular de Perón, que le permitía imponerse cómodamente en cualquier elección que disputara.

En ese camino, la oligarquía desarrolló su estrategia y en el momento del enfrentamiento crucial –como señaló el mismo Perón– se comprobó la falta de mística revolucionaria de los dirigentes del Movimiento, que, al no comprender lo que estaban defendiendo, no demostraron el valor y la convicción necesarios para la lucha, condenando al Líder a una soledad estratégica que finalmente lo llevó a abandonar el poder, y al exilio.

Un compromiso serio con la autodeterminación popular hubiera llevado a los dirigentes a plantear la multiplicación orgánica de las instituciones que lo sostuvieran. Pero, si bien el peronismo multiplicó geométricamente muchas organizaciones políticas, –especialmente las sindicales, estas no asumieron el sentido orgánico revolucionario que se necesitaba.

Mantuvieron el espíritu orgánico del liberalismo y, por lógica disfunción política, se transformaron en pesadas burocracias que sólo administraban los espacios abiertos por el Líder y sus trabajadores.

Siempre se pensó que las impresionantes transformaciones producidas por el peronismo en términos, políticos, económicos y sociales eran la revolución en sí misma. Sin embargo, para Perón eran sólo reformas construidas en función de poner en marcha la verdadera revolución, es decir, el pueblo organizado políticamente definiendo su propio destino.

*[...] Ustedes saben tan bien cómo yo cómo se realizó la reforma social. A ella nosotros debimos agregar la reforma económica, porque ésta sentaba las bases de posibilidad para la reforma social. Una reforma social que no lleve hacia una reforma económica es siempre relativa: tiene un límite del que no se puede pasar. [...]*

*Declaramos la independencia económica, porque era la etapa final del primer ciclo: mantener dentro del país la riqueza de los argentinos tapando todos los agujeros e intersticios de donde se escapaban hacia ya tantos y tantos años. Queremos establecer un sistema que paulatinamente vaya completando la reforma social, de manera que los beneficios sean equitativamente distribuidos, es decir, en razón directa al esfuerzo y al sacrificio que cada uno de los argentinos realiza.*

*Señores: yo podría decirles que estas reformas han sido ya cumplidas. Queda por cumplir la tercera etapa, que es su consolidación, porque es inútil que quisiéramos creer que esto está consolidado. En la vida de las naciones, en tres o cuatro años no se consolida nada. Es menester encarar decididamente la tercera etapa, es decir la consolidación de estas dos reformas, la consolidación de la reforma social y la consolidación de la reforma económica, favoreciendo de esta manera la materialización de una nueva, que es casualmente la reforma política.<sup>6</sup>*

### **La derrota de Perón**

La prédica de Perón respecto de la necesidad de poner en marcha el proceso de autodeterminación comunitaria alcanzaría su pico máximo en la enunciación del Segundo Plan Quinquenal, el 1º de diciembre de 1952, en el recinto de la Cámara de Diputados de la Nación.

*La conciencia social es una cosa que una vez que comienza a actuar no se detiene. Yo creo que en este momento, tanto la organización, el Gobierno, el Estado, el pueblo, y aún las fuerzas económicas, culturales, etcétera, todos están dentro de una tónica distinta a la individualista de aquellos tiempos. Una conciencia social ha reemplazado el sentido de una comunidad*

*egoísta y desaprensiva con respecto a los problemas que se presentan en la vida y la felicidad de los hombres de trabajo dentro del pueblo.*

*Esta es una conquista, y sobre todo una de las mejores conquistas, porque son conquistas sobre el espíritu, que son las más grandes.*

*Nosotros no nos damos por satisfechos con eso. Porque así como esa conciencia social viene, puede mañana comenzar a desaparecer, por no usarla o porque otras fuerzas comiencen a empujarla o reemplazarla por otra cosa que no sea la conciencia social. Es decir, esto no tiene consolidación si no se le agregan algunos condimentos que verdaderamente la fijan y la hacen permanente.*

*Nosotros pensamos que si el Primer Plan Quinquenal fue --diremos así-- el de la organización de esa conciencia social, el Segundo Plan Quinquenal ha de ser el de la consolidación de esa conciencia social en los hechos de la organización misma, alcanzando un alto grado o un grado mayor de eso, que es la solidaridad social. La solidaridad social es el sentimiento de aglutinación orgánica que necesitan todos los que forman la organización popular. El sentido de la solidaridad social, que lleva a la solidaridad nacional, que es otro grado mayor, es lo que nosotros debemos desarrollar en este Segundo Plan Quinquenal, en lo que se refiere a la conquista de la organización popular.<sup>7</sup>*

La necesidad organizativa aparecía cada vez más imperiosa –Perón multiplicaría esfuerzos en procura de ello–, sobre todo en momentos en que el gobierno afrontaba dificultades económicas, y sufría el creciente jaqueo de los planes conspirativos de una oposición minoritaria, pero irreductible y peligrosa, dispuesta a aprovechar el mínimo signo de debilidad.

Sin embargo, su prédica parece caer en el vacío y el Movimiento no sale de su atonía. Ante esa sensación de parálisis, la oposición irá ganando terreno, al polarizar las opiniones y aglutinar enemigos de la causa nacional.

El 1º de mayo de 1954, al inaugurar el período de sesiones en el Congreso, Perón profundizó su prédica y explicó, punto por punto, el camino a seguir en la tarea organizativa, anunciando el lanzamiento de “Las Organizaciones Libres del Pueblo”. Dirá en esa oportunidad:

*“Ya en aquellos momentos iniciales de 1943 advertimos que solamente un pueblo organizado con la plenitud de su conciencia social, un pueblo que tuviese un cuerpo y un alma, vale decir: una personalidad definida, podría tomar aquellas banderas y perpetuar así en el tiempo nuestros levantados ideales de justicia, de libertad y de soberanía. [...] Desde entonces nuestra consigna de gobierno fue siempre la misma: ‘es necesario organizarse’, ‘se impone organizarse’ ‘el imperativo de la hora es organizarse’, etcétera. [...] Para cumplir la misión asumida en 1946, y perpetuar nuestros ideales, era necesario llevar a cabo dos tareas indispensables: 1. Conformar una doctrina nacional sobre la base de nuestras banderas; 2. Organizar todos los sectores del pueblo para completar nuestros fines, entregándole al pueblo organizado aquella doctrina y las realidades logradas bajo sus signos de justicia, de libertad y de soberanía.”*

*“La historia recuerda que jamás haya triunfado lo inorgánico y lo anárquico ante la fuerza invencible de las organizaciones siempre que estas hayan tenido un alma, vale decir, una doctrina que cumplir o realizar”, afirma, y luego pasa, al final de su discurso, a enumerar las tareas organizativas:*

*“No deseo terminar la primera parte de este mensaje sin dejar establecidas algunas normas que juzgo conveniente y necesario establecer para nuestra acción futura, solidaria y común:*

*1º. Es necesario y urgente que las organizaciones del pueblo, sociales, económicas, políticas y culturales, se desarrollen y consoliden en toda la nación siguiendo, en lo posible, el sistema de nuestra organización política federal.*

*2º. El gobierno anhela que las organizaciones del pueblo actúen libremente. No les imponemos más que la condición legal de que concurran a afianzar, en el orden interno y en el orden internacional, la justicia social, la independencia económica y la soberanía política de nuestro pueblo.*

*3º. Resulta imprescindible, por lo tanto, que todas las organizaciones del pueblo conozcan y comprendan los principios fundamentales de la Doctrina Nacional. Ella les dará unidad de concepción para realizar sus fines con unidad de acción y les facilitará la convivencia solidaria con las demás organizaciones del pueblo.*

*4º. Las instituciones sociales, económicas, políticas y culturales de la Nación no deben olvidar que ellas personifican al pueblo. Son el cuerpo del pueblo argentino, vivificado por el espíritu de la Doctrina Nacional. Estas condiciones establecidas por la experiencia universal en todas las organizaciones que han cumplido eficientemente las finalidades que inspiraron su creación.*

*5º. Es necesario coordinar las funciones que cumplen las organizaciones del pueblo. Esta tarea de coordinación debe ser llevada a cabo por las mismas organizaciones del pueblo conducidas por el gobierno. Deberán armonizar para ello sus funciones sociales, económicas, políticas o culturales. Deben tener en cuenta que una organización del pueblo sólo es 'preponderantemente' social, o económica, o política, o cultural.*

*6º. Señalo también como absolutamente necesario acordar la acción de las organizaciones del pueblo con las que deben cumplir concomitantemente, y según sus propias responsabilidades los organismos de conducción y de ejecución del Gobierno y del Estado”.*

Era un máximo esfuerzo por hacer comprender sus concepciones estratégicas, que invariablemente fueron desoídas.

Pero algo separa a Perón de la dirigencia partidaria y gremial que lo acompaña. Algo que se constituye en una barrera insalvable para que su proyecto pueda ser comprendido. En realidad, es el tiempo histórico que vive. La Argentina que comienza a transitar la segunda mitad del siglo XX –en especial sus hombres políticos– está aferrada a las concepciones liberales que le impusieron sus “varones consulares” durante los años fundacionales de la República oligárquica.

José María Rosa ha explicado el fracaso de Juan Manuel de Rosas diciendo que el Restaurador era un hombre más propio “de la segunda mitad del siglo XX (tiempo de nacionalidades, de advenimiento de las masas, de defensas heroicas de la soberanía, de lucha contra los imperialismos), que de la primera mitad del XIX que le tocó vivir, cuando los imperios se extendían sin vallas, no gobernaban las masas y los intelectuales se perdían entre las palabras del liberalismo”.

Algo similar le ocurriría a Perón una centuria más tarde: su prédica revolucionaria era más del siglo XXI (tiempos de aceleración y masificación de las informaciones, época de Internet, de organizaciones libres, de referéndums y plebiscitos) que de la primera mitad del siglo XX, donde la libertad y la justicia eran vistas por sus dirigentes sólo en las estructuras jurídicas creadas por su ideologías, y no en la conciencia colectiva del pueblo, transformada en una organización política dinámica y creadora.

También a Perón –como a Rosas– lo derrotó su tiempo.

### **Exilio, retorno y tercer gobierno**

Los tiempos históricos impidieron que la comunidad pudiera comprender el sentido de su propuesta, ni siquiera sus propias dirigencias atinaban a elaborar sus requerimientos.

La cerrazón de la oposición terminó corporizándose en un odio terrorista y la incompreensión de su dirigencia derivó en una pesada burocracia.

Esa situación provocó alrededor del Líder un vacío de poder que, en 1955, ocasionó su caída y posterior exilio.

Durante dieciocho años, pacientemente, el Líder esperó la maduración de las dirigencias del país. Las propias y las ajenas. Hizo pasar por su propia experiencia a los sectores que, confundidos, habían sido socios de la oligarquía y los imperialismos de turno. Así logró aislar nuevamente a la dictadura y retornar al poder, acompañado permanentemente por su pueblo y los militantes de base del Movimiento Peronista, que suplían la falta de dirigencias estratégicas con su heroísmo y sus mártires, convirtiendo al país en una insurrección generalizada.

Ya en el poder, ejerciendo nuevamente la primera magistratura en su tercera presidencia, Perón intentó poner en marcha el proceso revolucionario de otra forma.

Para ello, utilizó un hecho coyuntural y, con la excusa de resolverlo, convocó al pueblo a una participación con la que intentaría corporizar sus nuevos principios de soberanía política.

La necesidad de una Reforma Constitucional le brindaría esa oportunidad.

Perón manifestó a su equipo de trabajo: “No debe ser una Constitución hecha solamente por los abogados. Ni tampoco impuesta desde arriba, desde el gobierno. Debemos lograr una Constitución en cuya elaboración hayan participado todos los sectores del país”.

La Secretaría General, junto con los ministerios de Interior y de Justicia, estableció los mecanismos y el cronograma de la reforma. Perón necesitaba movilizar al conjunto del sistema político, activar el debate nacional sobre el tema y, con la participación de todos los sectores, asegurar las condiciones para realizar una Convención Constituyente.

Este programa de acción fue lanzado por el presidente de la nación en la mañana del 1º de mayo de 1974, cuando se dirigió a ambas Cámaras del Congreso de la Nación para inaugurar un nuevo período parlamentario.

Allí anunció el “Modelo Argentino”, una propuesta organizativa que ponía en términos institucionales –adecuados al momento que vivía el país– su ideario de *La Comunidad Organizada*.

Sin embargo, nuevamente, como en 1954, cuando planteó “Las Organizaciones Libres del Pueblo”, sus propuestas fueron atentamente escuchadas, pero absolutamente ignoradas.

Ni las dirigencias de los años cincuenta ni las de los años setenta estaban a la altura del pensamiento político de este anciano líder, que los convocaba para una revolución profunda y trascendente.

De todos modos, a pesar de la soledad estratégica a la que lo condenó el tiempo histórico que le tocó vivir, pudo dejar sistematizados en sus obras y propuestas el camino para la liberación de la patria.

Propuestas que reafirmó con la vivencia histórica de un camino de lucha anticolonialista, que recorrió junto a la fe inquebrantable de sus trabajadores durante más de treinta años.

Pese a la diatriba, la persecución ideológica, la represión y el odio de sus enemigos, y pese a la incomprensión de las dirigencias del país, -las propias y las ajenas-, pudo regresar y morir en su tierra, rodeado del cariño y el amor de su pueblo.

Dejó una nación adoctrinada, con las banderas fundamentales del peronismo incorporadas, no como consignas políticas partidarias, sino como valores culturales permanentes de su pueblo.

Muchos años después de su muerte, con el advenimiento de una democracia colonial, esta realidad obligaría a todos los dirigentes políticos a adoptar un discurso que respetara estas verdades fundamentales.

Era evidente que los postulados del justicialismo se habían transformado en los de todo el pueblo argentino.

El Hombre Nuevo que anunció se iría afirmando con el correr de los años ante la explosión de los medios de comunicación de masas, que multiplicaron su capacidad informativa geométricamente, sumando a ello la extraordinaria revolución cultural de Internet, con su interconectividad planetaria instantánea.

Hoy es absolutamente natural ver la participación popular en decisiones políticas que van desde la formulación de alternativas económicas hasta el abordaje de cuestiones de política exterior, o los proyectos de reformas constitucionales nacionales o provinciales.

Hoy, los pueblos naturalmente van superando las formas de participación política, acentuando el agotamiento de las estructuras participativas demoliberales.

El sentido orgánico institucional para la participación comunitaria, que estaba ausente durante los inicios del peronismo, no es en el presente sólo una evidencia, sino que presiona sobre las derruidas estructuras del demoliberalismo. La democracia burguesa no sabe cómo enfrentar la enorme ansia participativa de los pueblos.

Al no encontrar un cauce ordenado a sus nuevas potencialidades, los pueblos expresan su impotencia con un repudio sobre las corroídas dirigencias partidocráticas del liberalismo, que se hunden en un descrédito generalizado.

El extraordinario crecimiento de las redes sociales de Internet demuestra la necesidad del hombre de verse reflejado en algún ámbito orgánico institucional donde pueda sentirse expresado, más allá del papel consumista al que lo condena el Estado fáustico demoliberal.

A las acciones de participación masiva, como plebiscitos y referéndums, se han sumado las herramientas de medición de opinión, que permiten evaluar los consensos comunitarios.

Hay un ambiente revolucionario que se expresa en una incertidumbre generalizada respecto del futuro, que, en sí mismo, demuestra el agotamiento de la perversión individualista que ha lanzado al hombre contra el hombre y a las naciones unas contra otras, en un camino sin razón ni esperanza.

El pueblo argentino sigue esperando que se pongan en marcha las herramientas de participación popular que disparen el debate y permitan al país romper con el colonialismo cultural que todavía nos somete.

La oligarquía nativa y sus personeros condenaron a la Argentina, uno de los países potencialmente más ricos de la Tierra, a tener bolsones de pobreza similares a los países más subdesarrollados del África. Una vergüenza que aún hoy no encuentra siquiera una mirada autocrítica de los que condenaron a las principales instituciones del país a una indignidad peor que la de la Década Infame.

En el presente, la última resaca de ese movimiento perverso, los dictadores de la última Junta Militar y sus secuaces, pagan sus crímenes en la justicia. Pero es importante comprender que ellos son el último eslabón de una infamante historia que se sustenta en el odio irracional y anticristiano sobre el movimiento popular de masas más importante y revolucionario de Hispanoamérica: el peronismo.

El país sufrió una catástrofe institucional que involucró a las dirigencias de los partidos políticos (incluido el justicialismo), el Ejército, la Iglesia, las universidades, la Justicia, y sólo la revisión autocrítica de ese proceso podrá reactivar un movimiento político que regenere la dignidad perdida.

Las dirigencias parecen no comprender que la correcta administración de un país colonial, organizado desde una participación política demoliberal, nos conduce al sometimiento y el subdesarrollo.

Debemos reconstruir una nación que ha sido devastada por la oligarquía, como venganza por la epopeya heroica del pueblo trabajador y sus líderes fundacionales de intentar construir una nación justa, libre y soberana.

Esa restauración necesita una herramienta de construcción de poder político que sólo puede alcanzar su potencialidad mediante la elaboración de un nuevo modelo de país.

Es necesario que el pueblo rompa con las formas de participación política del liberalismo y se lance a un debate profundo sobre el futuro que quiere y pretende como Nación.

Es en ese camino revolucionario en donde comenzará a redescubrirse nuevamente el destino trazado por Juan Perón.

Es responsabilidad del pueblo exigir su participación en la medida del hombre nuevo que la dignificación justicialista creó.

Es responsabilidad de los dirigentes convocar a la participación del pueblo y brindarle las herramientas para poner en marcha el proceso de autodeterminación política comunitaria.

La **democracia popular** que queremos construir debe ser congruente con las potencialidades actuales de participación. Si queremos que el Estado tenga la autoridad necesaria para generar un poder revolucionario que nos libere, debe democratizar la toma de decisiones políticas, para que sean realizadas por el conjunto de la comunidad y no sólo por sus dirigentes.

Será en esa búsqueda que el pueblo y el Movimiento Nacional podrán reactualizar las herramientas que el Líder dejó como herencia, para articular la nueva democracia popular que permitirá nuestra liberación definitiva.

Porque Perón estaba convencido de que hay un fatalismo histórico en el futuro de la Argentina. Un destino marcado por la inquebrantable voluntad de su pueblo y su historia, escrita con el deseo, la voluntad y la heroicidad de nuestros mártires, que nos alumbran el camino.

*La Argentina debe retomar su papel histórico en el mundo y en la América del Sur. Un papel que ha abandonado hace muchos años. Un papel que fue abandonado por la oligarquía en su ceguera.*

*Es nuestra razón de ser. Tendremos que volver a él.*

*Estamos allí. En el sur de las Américas. Cuidando nuestro puesto. Como un centinela.*

*Para eso se creó, se formó y se hizo nuestro país. Por algo fue.*

*Algún día el mundo mirará hacia allí en busca de una esperanza, cuando todo parezca derrumbarse.*

*Ese día, que no está lejano, será el día de la Argentina.*

*De la Argentina íntegra y total. De la Argentina del pueblo trabajador.*

*De la Argentina subyacente, que será la única que subsistirá.*

*Porque es la verdadera. La nuestra.*

*Nuestra querida Argentina.<sup>8</sup>*

1 Testimonio de Juan Perón en la película *La Revolución Justicialista*, del Grupo de Cine Liberación, Madrid, 1969.

2 Juan Perón, *La hora de los pueblos*, Colección Línea Nacional, p. 172.

3 Testimonio de Juan Perón en la película *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*, del Grupo de Cine Liberación, Madrid, 1970.

4 Juan Perón, *Doctrina peronista*, Buenos Aires, Fideius, 1947.

5 Citado en *Perón, 30 años que conmovieron la política Argentina*, José María Rosa, 1982.

6 Discurso de Juan D. Perón ante los delegados al Congreso General Constituyente del Partido Peronista, el 1º de diciembre de 1947.

7 Discurso del presidente Juan D. Perón en el recinto de la Cámara de Diputados de la Nación, al inaugurar el Segundo Plan Quinquenal, el 1º de diciembre de 1952.

8 Eugenio Rom, *Así hablaba Juan Perón*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1980.